

TENDENCIAS Y APTITUDES INNATAS

25 – 5 – 1.997

Evolución material y espiritual:

La ley general y absoluta del Universo es la evolución.

Sabemos que en nuestro globo la vida aparece, en un principio, bajo los aspectos más sencillos, más elementales, para elevarse mediante una progresión constante, de formas en formas, de especies en especies, hasta llegar al tipo humano, coronamiento de la creación terrenal. Gradualmente, los organismos se desarrollan y se refinan, y la sensibilidad aumenta. Lentamente, la vida se emancipa de la fuerza de la materia; el instinto ciego cede su puesto a la inteligencia y a la razón.

Una cadena ascendente y continua parece unir todas las creaciones, el mineral al vegetal, el vegetal al animal y éste al hombre.

Puede unirlos doblemente al material como al espiritual. Estas dos formas de evolución serían paralelas y solidarias al no ser la vida más que una manifestación del espíritu.

La aparición del hombre en la escala de los seres, puede mostrarse de este modo. La embriogenia nos lo demuestra; el hombre es la síntesis de todas las formas vivas que le han precedido, el último anillo de esta larga cadena de vidas inferiores que se desarrolla a través de los tiempos.

Mas este es solamente el aspecto exterior del problema de los orígenes, el aspecto interior es mucho más grande e imponente. Del mismo modo que cada nacimiento se explica por el descenso en la carne de un alma venida del espacio, igualmente la primera aparición del hombre sobre el planeta, debe ser atribuida a una intervención de las potencias invisibles que generan la vida.. La esencia psíquica viene a comunicar a las formas de animales evolucionados el hábito de la nueva vida.

Sea como fuere, el alma, después de haber llegado al estado humano y de haber adquirido la conciencia, no puede volver atrás. En todos los grados las formas que reviste tienen la expresión de su valor propio.

Los seres no pueden tener otras apariencias que las que resultan de sus tendencias y de las costumbres contraídas.

En la naturaleza inferior no puede hacerse ninguna elección: el ser vuelve a caer forzosamente bajo el imperio de las atracciones que ha desarrollado en sí.

Por otra parte, no hay nada más grande, más justo, más conforme con la ley del progreso que esa ascensión de las almas operándose por etapas sucesivas en el transcurso de las cuales se forman por sí mismas, se libran poco a poco de los pesados instintos, rompen su caparazón de egoísmo para despertar a la razón, al amor, a la libertad. Es soberanamente equitativo que todas hayan de hacer el mismo aprendizaje, y que todo ser sólo gane un estado superior, después de haber adquirido aptitudes nuevas.

Reencarnación:

No termina su evolución el día en que el alma, logrado su estado humano, ha conquistado su autonomía y su responsabilidad moral y a comprendido el deber. Lejos de acabar, su obra real comienza entonces; nuevas tareas le reclaman. Las luchas del pasado no son más que el preludio de las que el porvenir le reserva. Sus renacimientos en cuerpos carnales se sucederán sobre el globo. Todas las veces reanudará, con órganos rejuvenecidos, la obra de

perfeccionamiento interrumpida por la muerte para proseguirla y llegar más lejos. Viajera eterna, el alma ha de subir así de esfera en esfera hacia el bien, hacia la razón infinita, a adquirir nuevos grados, a crecer en ciencia, en sabiduría y en virtud.

Cada una de nuestras existencias terrenas sólo es un episodio de nuestra vida inmortal. Ningún alma podría, en tan breve espacio de tiempo, despojarse de sus vicios, de sus errores, de todos los apetitos vulgares que son vestigios de sus vidas desvanecidas y las pruebas de su origen

Al medir el tiempo que ha necesitado la humanidad desde su aparición en el globo para llegar a este estado de civilización, comprenderemos que, para subir de claridad en claridad hacia lo absoluto, hacia lo divino, necesita el alma períodos sin límites y vidas siempre renacientes

Sólo la pluralidad de existencias puede explicar la diversidad de caracteres, la variedad de aptitudes, la desproporción de las cualidades morales y, en una palabra, todas las desigualdades que nos llaman la atención.

Fuera de esta ley, nos preguntaríamos en vano porqué algunos poseen talento, los sentimientos nobles, las aspiraciones elevadas, siendo así que tantos otros, sólo participan de la estupidez, de las pasiones viles y de los instintos groseros. Qué pensar de un Dios que, al asignarnos una sola vida corporal nos hubiera hecho participar de ella en forma tan desigual, y desde el salvaje hasta el civilizado hubiera reservado para los hombres bienes tan poco adecuados y un nivel moral tan diferente? Sin la ley de las reencarnaciones, la iniquidad gobernaría al mundo.

La influencia del ambiente, la herencia, las diferencias de la educación, teniendo toda su importancia, no bastan para explicar estas anomalías. Vemos a los miembros de una misma familia, semejantes por la carne y por la sangre y alimentados de las mismas enseñanzas diferir en muchos puntos.

Si todo comenzase para nosotros con la vida oculta no podríamos explicarnos tanta diversidad en las inteligencias, tantos grados en el virtud, tantos escalones en las situaciones humanas. Un misterio impenetrable se cernería sobre esos genios precoces, sobre esos espíritus prodigiosos que, desde su infancia, se lanzan por los senderos del arte y de la ciencia, mientras que tantos otros jóvenes palidecen en el estudio y continúan siendo mediocres, a pesar de sus esfuerzos.

Todas estas oscuridades se disipan en presencia de la doctrina de las existencias múltiples. Los seres que se distinguen por su poder intelectual o por sus virtudes han vivido más, han trabajado más, han adquirido una experiencia y unas aptitudes más extensas

El progreso y la elevación de las almas dependen únicamente de sus trabajos, de la energía desplegada por el ellas en el combate vital. Unas luchan con valor y franquean rápidamente las gradas que las separan de la vida superior, en tanto que otras se inmovilizan durante siglos con existencias celosas y estériles. Y estas desigualdades, resultado de las obras del pasado, pueden ser rescatadas y niveladas mediante nuestras vidas futuras.

En resumen: el ser se crea sí mismo mediante el desenvolvimiento gradual de las fuerzas que están en él. Inconscientemente al comienzo de su carrera, su vida se hace más inteligente y consciente cuando, al llegar a la humanidad, entra en posesión de su yo. Todavía su libertad está limitada por la acción de las leyes naturales que intervienen para asegurar su conservación. Así, pues, el libre albedrío y fatalismo se equilibran y se compensan el uno con el otro. La

libertad y, por consiguiente, la responsabilidad son siempre proporcionales al adelanto del ser.

A través de la sucesión de las épocas, en la superficie de millares de mundos, nuestras existencias se desarrollan, pasan y se renuevan; en cada una de ellas, desaparece un poco del mal que existe en nosotros : nuestras almas se fortifican, se purifican, penetran más adelante en el camino sagrado, hasta que, libradas de las reencarnaciones dolorosas, han conquistado con sus méritos el acceso a los círculos superiores donde resplandecen eternamente la belleza, la sabiduría, el poder y el amor.

Mediante estos datos, la claridad se hace en nosotros y a nuestro alrededor; nuestro camino se precisa; sabemos lo que somos y adonde vamos. No se trata ya de buscar las satisfacciones materiales, sino de trabajar con ardor por nuestro adelanto

El objeto supremo es la perfección; el camino que conduce a ella es el progreso; es largo y, se recorre paso a paso. El objeto, lejano, parece retroceder, a medida que se avanza : pero finalizada cada época el ser recoge el fruto de su trabajo; enriquece su experiencia y desarrolla sus facultades.

Nuestros destinos son idénticos. No hay privilegiados ni malditos. Todos recorren el mismo camino, y, a través de mil obstáculos, están llamados a realizar los mismos fines. Somos libres, es verdad, de acelerar o de aminorar nuestra marcha, de hundirnos en los goces groseros, de retrasarnos durante vidas enteras, pero tarde o temprano, el sentimiento del deber se despierta, el dolor llega a sacudir nuestra apatía y forzosamente reanudamos nuestra carrera.

Sólo hay entre las almas diferencias de grado, diferencias que les está permitido colmar en el porvenir. Usando nuestro libre albedrío no hemos caminado todos con el mismo paso, y así se explica la desigualdad intelectual y moral de los hombres.

No vemos en la inmensidad sino seres que persiguen su propia educación y se elevan, mediante sus esfuerzos, hasta el seno de la armonía universal. Cada uno de ellos crea su situación con sus actos, cuyas consecuencias recaen sobre él, le atan y le sujetan

Cuando su vida se entrega a las pasiones y permanece estéril para el bien, el ser se rebaja; su situación se empequeñece. Para lavar sus manchas, deberá reencarnar en los mundos de dolores y purificarse mediante el sufrimiento. Cumplida esta purificación, su evolución vuelve a comenzar. No existen castigos eternos, pero se necesita una reparación proporcionada a las faltas cometidas.

No tenemos otro juez ni otro verdugo que nuestra conciencia. En el orden moral como en el orden físico, no hay más que causas y efectos.

El destino humano es el pago de la deuda contraída con nosotros mismos y con la ley.

La vida actual es, pues, la consecuencia directa, inevitable de nuestras vidas pasadas, como nuestra vida futura será la resultante de nuestras acciones presentes. Al venir a animar un cuerpo nuevo, el alma lleva consigo, en cada renacimiento, el bagaje de sus cualidades y sus defectos, todos los bienes y los males acumulados por la obra del pasado. Así, pues, en la sucesión de nuestras vidas, construimos con nuestras propias manos nuestro ser moral, edificamos nuestro porvenir, preparamos el medio donde debemos renacer, el sitio que debemos ocupar.

El alma contiene, en su estado virtual, todos los gérmenes de sus desenvolvimientos futuros. Está destinada a conocerlo todo, a adquirirlo todo, a poseerlo todo.

Poco a poco el alma se eleva y, a medida que ella sube se le aumenta una suma siempre creciente de saber y de virtud; se siente más atraída hacia sus semejantes, comulga más íntimamente con su medio social y planetario. De modo que la vida del ser consciente es una vida de solidaridad y libertad. Libre dentro del límite que le asignan las leyes eternas, se hace arquitecto de su destino.

La ley de justicia, quiere que las almas todas, se emancipen a su debido tiempo, libres de las trabas de la vida inferior. Cada ser llegado a la plena conciencia debe trabajar para preparar a sus hermanos una vida soportable, ya que un estado social comporta siempre una suma de males inevitables. Estos males, necesarios al funcionamiento de la ley de educación general, no se suprimirán nunca, del todo, en este mundo. Representan una de las condiciones de la vida terrestre. La materia es el útil obstáculo que provoca el esfuerzo y desarrolla la voluntad; ella contribuye al progreso de los seres imponiéndoles necesidades que les obliga a trabajar.

Es la ley del esfuerzo, ley suprema por la cual el ser se afirma, triunfa y se engrandece.

Es la magnífica epopeya de la historia, la lucha exterior que llena el mundo. La lucha interior no es menos espantosa. En cada uno de sus renacimientos, el espíritu deberá modelar, suavizar, la nueva envoltura material que va a servirle de morada, transformarla en un instrumento capaz de representar, de expresar las concepciones de su genio.

Demasiado a menudo, el instrumento resiste y el pensamiento, acobardado, se repliega sobre sí mismo, impotente para afirmar, a levantar el fardo que le ahoga y le aniquila. Sin embargo, por el esfuerzo acumulado, por la persistencia de las ideas y de los deseos, a pesar de las decepciones, las derrotas, a través de la multitud de existencias, el alma logra desarrollar sus elevadas facultades.

Es la ley del progreso, de eterna evolución que guía a la humanidad a través de las edades y aguijonea a cada uno de nosotros. La humanidad la componen las mismas almas que vuelven de siglo en siglo, para seguir, con ayuda de otros cuerpos, y hasta que estén en disposición de pasar a mundos mejores, su obra de perfeccionamiento. La historia de un alma no difiere en nada de la de la humanidad; sólo difiere la escala de proporciones.

El espíritu moldea la materia y le comunica la vida y la belleza. Por esto la evolución es, por excelencia, una ley de estética. Las formas adquiridas son el punto de partida de formas más bellas.

Tal es el misterio de Psiquis, el alma humana. El alma lleva grabada en sí la ley de sus destinos. Aprender a deletrear los preceptos, a descifrar este enigma constituye la verdadera ciencia de la vida

El alma es un mundo, un mundo en el que se mezclan aún las sombras y los rayos de luz y cuyo estudio atento nos hace ir de sorpresa en sorpresa. En sus pliegues, todos los poderes están en germen, esperando la hora de la fundación para abrirse en chorros de luz. A medida que se purifica aumentan sus percepciones. Todo lo que nos encanta en su estado presente - los dones del talento, los relámpagos del genio - todo ello es poco, comparado con lo que el alma adquirirá algún día, cuando llegue a las supremas alturas. Ya posee

inmensos recursos ocultos en los sentidos íntimos, variados y sutiles, fuentes de vivas impresiones y cuyo ejercicio entorpece casi siempre nuestra grosera envoltura.

Periespíritu:

El periespíritu es un organismo fluídico, es la forma preexistente y sobreviviente del ser humano, el "substratum" sobre el cual se modela la envoltura carnal, como una vestimenta invisible formada por una materia quintaesenciada, que penetra todos los cuerpos, por muy impenetrables que nos parezcan.

La materia grosera, incesantemente renovada por la circulación vital, no es la parte estable y permanente del hombre. El periespíritu es el que asegura el mantenimiento de la estructura humana y las facciones de la fisonomía en todas las épocas de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte. Desempeña, pues, el papel de un molde compresible y expansible sobre el cual se incorpora la materia terrestre.

Este cuerpo fluídico no es, sin embargo, inmutable, se purifica y se ennoblece con el alma; la sigue a través de sus encarnaciones sin número, sube con ella por las gradas de la escala jerárquica, se hace cada vez más diáfana y brillante, para resplandecer un día con esa luz esplendorosa de que hablan los testimonios de la historia en lo relativo a ciertas apariciones.

El periespíritu conserva todos los conocimientos del ser viviente. En el cerebro de ese cuerpo espiritualizado es donde se almacenan los conocimientos y se imprimen en líneas fosforescentes, y sobre el cual se modela y se forma el cerebro del niño en la reencarnación. Así, el haber intelectual del espíritu, lejos de perderse, se capitaliza y aumenta con sus existencias. De ahí las aptitudes extraordinarias que presentan algunos seres precoces, particularmente dotados.

La elevación de sentimientos, la pureza de la vida, los transportes hacia el bien y el ideal, las pruebas y los sufrimientos pacientemente soportados refinan cada vez más el periespíritu, lo extienden y multiplica sus vibraciones. Como una acción química, consumen las partículas groseras y sólo dejan subsistir las más sutiles, las más desleídas.

Por un efecto inverso, los apetitos materiales, las pasiones bajas y vulgares reaccionan sobre el periespíritu y lo hacen más pesado, más denso y más oscuro. La atracción de los globos inferiores, como la Tierra, se ejerce con fuerza sobre estos organismos, que conservan en parte las necesidades del cuerpo y no pueden satisfacerlas. Las encarnaciones de los espíritus que están dotados de tales necesidades se suceden rápidamente, hasta que el progreso, por el sufrimiento, llega a atenuar sus pasiones, a sustraerles a las influencias terrenales y darles acceso a mundos mejores.

Una correlación estrecha une los 3 elementos constitutivos del ser. Cuanto más educado está el espíritu, más sutil, ligero y brillante es el periespíritu y más exento está el cuerpo de pasiones, más moderado es en sus apetitos y en sus deseos. La nobleza y la dignidad del alma resaltan en el periespíritu, al que hacen más armonioso de formas y más etéreo; sobresalen, incluso, en el cuerpo mismo; la superficie, entonces, se ilumina con el reflejo de una llama interior.

Por estos fluidos más o menos sutiles es por los que el periespíritu comunica con el alma y se une al cuerpo. Estos fluidos, aunque invisibles, tienen lazos poderosos que les encadenan a la materia desde el nacimiento hasta la muerte, y, para los sensuales, hasta la disolución del organismo. La agonía

representa la suma de esfuerzos realizados por el periespíritu para soltarse de sus ligaduras carnales.

Formado en las regiones inferiores, el ser periespiritual asciende lentamente por la escala de las existencias. Sólo es en principio un ser rudimentario, un bosquejo incompleto. Al llegar a la humanidad, comienza a reflejar sentimientos más elevados; la inteligencia resplandece con mayor poder, y el periespíritu se ilumina con nuevos resplandores. De vida en vida, a medida que las facultades se extienden, las aspiraciones se purifican y el campo de los conocimientos se ensancha, el periespíritu se enriquece con nuevos sentidos. Cada vez que acaba una encarnación el cuerpo espiritual se separa de los lazos de la carne. El alma vuelve a recobrase entera y libre y considerando el manto fluídico que la recubre en su aspecto espléndido o miserable, comprueba su propio estado de adelanto. El periespíritu conserva, bajo sus apariencias presentes, los vestigios de las vidas anteriores, de los estados recorridos sucesivamente. Estos vestigios reposan en nosotros frecuentemente olvidados, pero en cuanto el alma los evoca y despierta su recuerdo, reaparecen como testigos y jalonan el camino larga y penosamente recorrido.

Los espíritus retrógrados tienen espesas envolturas, impregnadas de fluidos materiales. Siente, aun después de la muerte, las impresiones y las necesidades de la vida terrena. Su organismo fluídico, oscurecido por las pasiones, no puede vibrar sino débilmente, y sus percepciones son mucho más restringidas. No saben nada de la vida del espacio. Todo es tinieblas en ellos y a su alrededor.

El alma pura, libre de las atracciones bestiales, transforma su periespíritu y la hace semejante a ella. Cuanto más sutil es el periespíritu, con más fuerza vibra y más se extienden sus percepciones y sus sensaciones.

Tal es la tarea del espíritu humano y tal es su recompensa : por sus largos trabajos, proveerse de nuevos sentidos, de una delicadeza y de una potencia sin límites; dominar las pasiones brutales, hacer de la espesa envoltura primitiva una forma diáfana, resplandeciente de luz.

Todas las almas que no han podido emanciparse de las influencias terrenales deben renacer en este mundo para trabajar en él por su mejoramiento; este es el caso de la inmensa mayoría. Como las demás fases de la vida de los seres, la reencarnación está sometida a leyes: el grado de pureza del periespíritu y la afinidad molecular que determinan la clasificación de los espíritus en el espacio fijan también las condiciones de la reencarnación. Los semejantes se atraen. En virtud de esta ley de atracción y de armonía los espíritus del mismo orden, de caracteres y de tendencias análogas se aproximan se siguen a través de múltiples existencias.

Cuando ha llegado la hora de reencarnar el espíritu se siente arrastrado por una fuerza irresistible, por una misteriosa afinidad. Es una hora de angustia más temible que la de la muerte. La encarnación es la pérdida de la vida de libertad, un aminoramiento del ser mismo. Es más penoso, es más doloroso renacer que morir.

La reencarnación se produce por una aproximación gradual, por una asimilación de las moléculas materiales en el periespíritu, la cual se reduce, se condensa, se hace pesada progresivamente, hasta que, por una asociación suficiente de la materia constituye una envoltura carnal, un cuerpo humano.

El periespíritu desempeña así el papel de un molde fluídico, elástico, que presta su forma a la materia. De ahí se deducen, en su mayor parte, las

condiciones fisiológicas del renacimiento. Las cualidades o los defectos del molde reaparecen en el cuerpo físico, que no es, en la mayoría de los casos, sino una fea y grosera copia del periespíritu.

En cuanto comienza la asimilación molecular que ha de dar nacimiento del cuerpo, la turbación sobrecoge al espíritu; una torpeza, una especie de aniquilamiento la invade poco a poco. Sus facultades se velan, una tras otra; su memoria se desvanece y su conciencia se duerme. El espíritu queda como sepultado bajo una espesa crisálida.

Entregada a la vida terrena, durante un largo período, el alma deberá preparar el organismo nuevo, adaptarlo a las funciones necesarias. Sólo después de 20 o 30 años de tanteos, de esfuerzos instintivos, recobrará el uso de sus facultades, disminuidas, por cierto, por la materia, y podrá, con más resolución hacer la travesía peligrosa de la existencia.

Las leyes inflexibles de la naturaleza, o más bien, los efectos que resultan del pasado del ser deciden su reencarnación.

El espíritu inferior, ignorante de esas leyes, despreocupado de su porvenir, sufre maquinalmente su suerte y vuelve a ocupar su puesto en la Tierra bajo el impulso de una fuerza que no trata siquiera de conocer.

El espíritu avanzado se inspira con los ejemplos que le rodean en la vida fluídica, recoge las advertencias de sus guías espirituales, sopesa las condiciones buenas o malas de su reaparición en este mundo, prevé los obstáculos y las dificultades del camino, se traza un programa, y adopta enérgicas resoluciones para realizarlo.

Vuelve a la encarnación apoyado por los invisibles que lo ayudarán en su tarea. No soporta exclusivamente el peso de la fatalidad; su elección puede ejercerse dentro de ciertos límites, de manera que acelera su marcha. Por eso el espíritu esclarecido elige una existencia laboriosa, de lucha y abnegación, porque sabe que gracias a ella su adelanto será más rápido.

Olvido de las vidas pasadas:

La causa fisiológica del olvido de las vidas pasadas es el renacimiento mismo, es decir, la acción de revestir un nuevo organismo, una nueva envoltura material que, superponiéndose a la envoltura fluídica, juega, por su parte, el papel de extintor. A consecuencia de la disminución de su estado vibratorio, el espíritu, cada vez que toma posesión de un nuevo cuerpo, de un cerebro virgen de toda imagen, se halla en la imposibilidad de expresar los recuerdos acumulados de sus vidas anteriores. Sus antecedentes, es verdad, se elevarán aún en sus aptitudes, en su facilidad de asimilación, en sus cualidades y en sus defectos. Pero todo el detalle de los hechos, de los sucesos que constituyen su pasado, reintegrado en las profundidades de la conciencia, permanecerá velado durante la vida terrestre. El espíritu, en estado de vigilia, no podrá expresar bajo la forma del lenguaje, más que las impresiones registradas por su cerebro material.

La memoria es el encadenamiento, la asociación de las ideas, de los hechos y conocimientos. Desde que esta asociación desaparece, desde el momento en que el hilo de los recuerdos se rompe, el pasado parece borrarse para nosotros. Pero esto es sólo en apariencia.

Charles Richet decía que la memoria es una facultad implacable de nuestra inteligencia, puesto que ninguna de nuestras percepciones queda olvidada. Todo hecho que llama nuestra atención queda fijado irremediabilmente en

nuestra memoria; no importa que hayamos guardado la conciencia de este recuerdo, éste existe de un modo indeleble.

Debemos agregar que, además, el recuerdo puede renacer. El despertar de la memoria no es más que un efecto de vibración producido por la acción de la voluntad sobre las células del cerebro. Para hacer revivir los recuerdos anteriores al nacimiento, necesita volver a colocarse en armonía de vibraciones con el estado dinámico en que nos encontrábamos en la época en que la percepción se estableció. Los cerebros que sirvieron para registrar estas percepciones ya no existen y es necesario buscarlas en la conciencia profunda. Mientras el espíritu permanece encerrado en la materia la conciencia profunda permanece muda. Debe desprenderse del cuerpo para recobrar la plenitud relativa de sus vibraciones y volver a llegar a los recuerdos ocultos.

Allí se grabaron los incidentes y vicisitudes del pasado. Un acto supremo de la voluntad puede hacerlas revivir.

La identidad del yo; la personalidad, sólo persiste y se mantiene por el recuerdo y la conciencia. Las reminiscencias, las intuiciones, las aptitudes determinan la sensación de haber vivido. Existe en la inteligencia una continuidad, una sucesión de causas y efectos que es preciso reconstituir en un conjunto para poseer el conocimiento integral del yo.

Muchos sueños no dejan traza alguna al despertar, lo mismo que las impresiones recogidas durante los estados alterados de conciencia. Pero, cuando el espíritu es sumergido en un nuevo sueño vuelve a hallarse en las condiciones dinámicas permitiendo la renovación de los recuerdos.

Así comprendemos el olvido momentáneo de las vidas anteriores. El movimiento vibratorio de la envoltura periespiritual, amortiguado por la materia en el curso de la vida actual, es demasiado débil para alcanzar el grado de intensidad y la duración necesaria a fin de que la renovación de estos recuerdos pueda ser alcanzada durante la vigilia.

En realidad, la memoria, no es más que una modalidad de la consciencia. El recuerdo está, a menudo, en estado subconsciente. Por el momento, en el círculo estrecho de nuestra vida actual, no conservamos el recuerdo de nuestros primeros años, que sin embargo, está grabado en nosotros, como todos los estados atravesados en el curso de nuestra historia.

A cada instante, la inteligencia debe rebuscar en la subconsciencia los conocimientos, los recuerdos que desea hacer revivir; ella se esfuerza en hacerlos pasar a la conciencia física, en el cerebro concreto, después de haberlos provisto de los elementos vitales proporcionados por las células nerviosas. Según la riqueza o pobreza de estos elementos, el recuerdo surgirá claro o confuso; a veces se oculta, la comunicación no puede establecerse, o bien la proyección no se produce de pronto y sin embargo aparece en el momento que menos se la espera.

Así pues, para recordar, la primera de las condiciones es querer recordar. Esto explica que algunos espíritus, aun en la vida del espacio, bajo el imperio de ciertos prejuicios dogmáticos, descuidan toda rebusca y permanecen ignorantes del pasado que duerme en ellos. En este caso, como entre nosotros, durante la experimentación, se hace necesaria la sugestión. Este ley de sugestión la vemos expresarse frecuentemente. Se pone de manifiesto a cada instante durante el día. Muchas veces, de improviso, gracias a la **asociación de ideas**, todo un encadenamiento de recuerdos confusos, casi olvidados, disimulados en el fondo de nuestra consciencia se desarrolla en

nuestro espíritu. Períodos enteros de nuestra vida pueden borrarse de nuestra memoria y renacer de esta manera.

Ciertas manifestaciones precoces del genio, se pueden considerar como otras tantas pruebas de la preexistencia, en el sentido de que son una revelación de las tareas realizadas por el alma en otros ciclos anteriores.

Los fenómenos de este género, de que nos habla la historia, y que en la actualidad se siguen produciendo no son hechos sin lazo con el pasado, no pueden producirse al azar, en el vacío de los tiempos y del espacio.. Al contrario, demuestran que el principio organizador de la vida en nosotros es un ser que llega a este mundo con todo un pasado de trabajo y evolución, resultado de un plan trazado y un fin perseguido en el transcurso de sus existencias sucesivas.

Cada encarnación halla en el alma, que reedita su vida, una cultura particular, aptitudes, adquisiciones mentales, que explican su facilidad de trabajo y su potencia de asimilación. Por esto decía Platón: "Aprender es lo mismo que recordar"

La ley de la herencia viene a poner trabas, en cierta medida, a estas manifestaciones de la individualidad, pues el espíritu no modela su envoltura más que por medio de los elementos puestos a disposición por esta herencia. Sin embargo, a despecho de las dificultades materiales, en ciertos sujetos, desde la edad más tierna, se manifiestan facultades tan superiores y sin relación alguna con las de sus antecesores, que no se puede, a pesar de todas las sublimidades de la casuística materialista, sujetarlo y unirlos a ninguna cosa inmediata o conocida.

Los casos famosos son demasiado numerosos para enumerarlos. En todos los tiempo vivieron seres que asombraron por sus aptitudes precoces, tanto positivas, en todas las ramas del saber, como negativas, en los aspectos hasta criminales del ser humano.

Se han presentado dos hipótesis para explicarlo: la herencia y la mediumnidad.

Herencia:

La herencia, nadie lo ignora, es la transmisión de las propiedades de un individuo a sus descendientes. Las influencias hereditarias son considerables bajo los dos puntos de vista físico y psíquico. La transmisión, de los padres a los hijos, del temperamento, de los rasgos de carácter y de inteligencia, es muy sensible en ciertas personas. Hallamos en nosotros, bajo diferentes aspectos, particularidades orgánicas de nuestros generadores directos o de nuestros antepasados, como también sus cualidades y defectos. En el hombre actual revive toda la misteriosa línea de seres, de los cuales él resume los esfuerzos seculares, hacia una vida más alta y más amplia.

Pero, al lado de estas analogías, existen también, divergencias aún más notables. Los miembros de una misma familia, aun presentando semejanzas, rasgos comunes, ofrecen también, a veces, diferencias bien caracterizadas. El hecho puede ser comprobado siempre a nuestro alrededor, entre los hermanos, y aún entre los gemelos idénticos. Muchos de ellos, semejantes en lo físico en sus primeros años, hasta el extremo de ser difícil de distinguirlos, presentan luego, en su desarrollo, diferencias muy sensibles en sus rasgos, en el carácter y la inteligencia.

Para explicar esto sería preciso hacer intervenir un nuevo factor en la solución del problema, éste sería la anterioridad del ser que le ha permitido, acrecentar sus facultades, su experiencia de vida en vida, para constituir una

individualidad, trayendo en ella el sello de su originalidad y de sus propias facultades. Sólo esta ley de los renacimientos podrá hacernos comprender cómo ciertos espíritus, al encarnar, muestran, desde sus primeros años, estas facilidades de trabajos y de asimilación que caracterizan a los niños prodigios. Existen en estos jóvenes sujetos, considerables reservas de conocimientos, almacenados en la conciencia profunda, y que de allí desbordan en la conciencia física, de un modo propio para producir estas manifestaciones precoces del talento y del ingenio. Aunque parezcan anormales son, sin embargo, la consecuencia de la labor y de los esfuerzos proseguidos a través de los tiempos.

Esta reserva, este capital indestructible del ser, es lo de Friederich William Henry Myers (escritor inglés nacido en Keswich en 1843, y fallecido en 1901, fundador e investigador de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres), llama la conciencia subliminal, y que cada uno vuelve a hallar en sí mismo. Esta se revela, no sólo en el sentido artístico, científico o literario, más aún, por todas las adquisiciones del espíritu, tanto en el orden moral como en el intelectual.

La concepción del bien, de la justicia, la noción del deber, son muchos más vivos en ciertos hombres y pueblos que en otros. Estas resultan no sólo de la educación presente, sino también de un fondo personal que ellos aportan al nacer. La educación desarrolla los gérmenes nativos, les permite abrirse y producir todos sus frutos, sobre la base de sus tendencias innatas.

La educación por sí sola no podría inculcar tan profundamente a los venidos de nuevo, estas nociones superiores que dominan toda su existencia. Esto se puede comprobar en hombres o pueblos de poco desarrollo que son refractarios a ciertas ideas morales y sobre las que la educación hace poco efecto.

Todos estos fenómenos, en su infinita variedad, tienen su fuente en el pasado del alma, en las numerosas vidas humanas que ha recorrido. Cada uno aporta, al nacer, los frutos de su evolución, la intuición de lo que lleva aprendido, las aptitudes adquiridas en los diversos dominios del pensamiento y de la obra social, en el arte, la ciencia, el comercio, la industria, la navegación, la guerra, etc.; la habilidad para tal cosa más bien que para tal otra, según su actividad esté ya ejercida en un sentido particular.

El verdadero bienestar consiste en el empleo del tiempo a gusto de cada uno y no en trabajos que no son de su agrado. Como cada cual tiene aptitudes diferentes, ningún trabajo útil se quedaría sin hacer. Todo está equilibrado, el hombre es quien lo desequilibra

El trabajo anterior efectuado por cada espíritu puede ser fácilmente calculado, medido, por la rapidez con que ejecuta de nuevo un trabajo parecido, o por la prontitud que se pone en asimilar los elementos de una ciencia cualquiera. Bajo este punto de vista la diferencia entre los individuos es tan considerable que resultaría incomprensible sin este ideal de las existencias anteriores

Lo mismo sucede con la facilidad con que algunas personas aceptan tal verdad, tal principio, tal punto de una doctrina política o religiosa, mientras que otros no se logran convencer más que por la paciencia y a fuerza de argumentos Para los unos ya es una cosa familiar a su espíritu, para los otros es una cosa nueva

Las mismas consideraciones se aplican a la gran variedad de caracteres y disposiciones morales. Sin la idea de las preexistencias la diversidad sin límites

de las inteligencias y de las conciencias sería un problema insoluble y la trabazón de los diferentes elementos del yo en un todo armonioso, sería un fenómeno sin causa.

También hay casos, sin embargo, en que el talento, la memoria, la imaginación, las más bellas cualidades del espíritu, parecen hereditarias. Estas semejanzas psíquicas entre padres e hijos se explican por la atracción y la simpatía. Estos son espíritus similares, atraídos los unos a los otros, por aspiraciones análogas y que antiguas relaciones los habían unido

Si las excepciones, brillantes o funestas, creadas en una familia por la aparición de un hombre de genio o de un criminal fuesen simples casos de atavismo, se hallaría en la genealogía familiar el antepasado que sirviera de modelo, de tipo primitivo de esa manifestación. Este no es casi nunca el caso, ni en un sentido ni en el otro.

Estas desemejanzas se pueden conciliar con las leyes de atracción y similitud que parecen presidir el acercamiento de las almas. La penetración de ciertas familias por seres sensiblemente superiores o inferiores, que van a ellas a dar o recibir enseñanzas, a ejercer o sufrir nuevas influencias, es fácilmente explicable. Esto puede resultar del encadenamiento de los destinos comunes que, sobre ciertos puntos, se juntan y se enlazan como una consecuencia de afecciones o de odios nacidos en el pasado, fuerza igualmente atractivas que reúnen a las almas sobre planos sucesivos, en la vasta espiral de la evolución.

Mediumnidad:

El genio debe mucho a la inspiración y ésta es una de las formas de la mediumnidad.

Pero aún en el caso en que esta facultad fuera evidente el hombre de genio no se puede considerar como un simple instrumento. La genialidad es adquisición del pasado. Estos antecedentes han desarrollado en el ser una profunda sensibilidad que le abre a las influencias del más allá.

Existe una diferencia muy sensible entre las manifestaciones intelectuales de los niños prodigios y la mediumnidad tomada en su sentido general. Esta tiene un carácter intermitente, pasajero, irregular. El médium no puede ejercer su facultad a toda hora, le son precisas condiciones especiales, a veces difíciles de reunir; mientras que los niños prodigios pueden utilizar sus talentos a cada momento, de un modo permanente, como lo haríamos nosotros mismos con nuestras adquisiciones mentales. Sus obras, por originales y asombrosas que aparezcan, se resienten siempre de su edad y no tienen el carácter que tendrían si provinieran de una inteligencia extraña.

Podría admitirse también, en ciertos individuos, estas dos causas : la adquisición personal y la inspiración exterior., se combinan, se complementan una y otra.

Desigualdades:

Siempre se debe recurrir a las causas de la reencarnación cuando se aborda, por cualquier lado, el problema de las desigualdades. Las almas humanas son más o menos desarrolladas, según su edad, y principalmente según el empleo que han hecho del tiempo que han vivido.

No hemos sido lanzados todos a la misma hora en el torbellino de la vida.

No hemos marchado todos al mismo paso, desarrollando del mismo modo nuestras existencias. Recorremos una ruta infinita: esto hace que nuestras situaciones y valía nos parezcan tan diferentes, pero el fin es el mismo para todos.

El alma se completa construyéndose a través de los tiempos. Sus facultades, sus cualidades, su haber intelectual y moral, lejos de perderse, se capitalizan, se acrecientan de siglo en siglo. Por la reencarnación cada uno viene a proseguir, a reemprender la tarea de ayer que es interrumpida parcialmente por la muerte física. De aquí la superioridad asombrosa de ciertas almas que han vivido mucho, adquirido mucho y trabajado de verdad. De aquí estos seres extraordinarios que aparecen proyectando su saber sobre la humanidad, fruto de la experiencia y labor acumulada.

Y esta marcha colectiva es también la marcha individual de cada uno de nosotros. Esta humanidad somos nosotros mismos, los mismos seres que después de un tiempo de reposo en el mundo espiritual, retornan de siglo en siglo hasta que ganan experiencia para una sociedad mejor.

Ley de igualdad:

Los espíritus han sido creados iguales, pero cada uno de ellos ha vivido más o menos tiempo y por consiguiente ha adquirido más o menos aptitudes. La diferencia proviene de su grado de experiencia y de su voluntad, que es el libre albedrío. De aquí que unos se perfeccionan más rápidamente, lo cual le da aptitudes diversas. Esta diversidad, además es necesaria para la mutua colaboración. Dios no ha creado la desigualdad de las facultades, pero ha permitido que los diferentes grados de desarrollo estuviesen en contacto, a fin de que los más adelantados pudiesen favorecer el progreso de los más atrasados, y también para que los hombres, necesitando unos a otros, comprendiesen la ley de caridad, que ha de unirlos.

Todos los hombres están sometidos a las mismas leyes naturales, todos nacen igualmente débiles, están expuestos a los mismos dolores y sus cuerpos se destruyen igual con la transición de la muerte.

Ningún hombre tiene, entonces superioridad natural, ni en cuanto al nacimiento ni en cuanto a la muerte. **EL SOL SALE PARA TODOS.**

Periespíritu y voluntad:

La envoltura fluídica del ser se purifica, se ilumina o se oscurece según la naturaleza refinada o grosera de los pensamientos que en ella se reflejan. Todo acto, todo pensamiento tiene su resultado y se graba en el periespíritu.

De ahí las consecuencias inevitables, por la situación del espíritu mismo. Este ejerce una acción continua sobre su envoltura. Por la voluntad es siempre dueño de modificar su estado.

La voluntad es la facultad soberana del alma, la fuerza espiritual por excelencia. Constituye el fondo mismo de la personalidad. Su poder sobre los fluídos es ilimitado y aumenta con la elevación del espíritu. En el ambiente terrenal, sus efectos sobre la materia son limitados, porque el hombre se ignora y no sabe utilizar los poderes que duermen en él; pero en los mundos más adelantados. El ser humano, que ha aprendido a querer, manda en la Naturaleza entera, dirige a su antojo los fluidos materiales y produce fenómenos y metamorfosis que parecen prodigios.

Si la voluntad ejerce tal influencia sobre la materia bruta y sobre los fluidos rudimentarios, se comprenderá su acción sobre el periespíritu y los progresos y los desórdenes que determina en él, según la naturaleza de su acción

Todo acto de la voluntad reviste una forma, una apariencia fluídica y se graba en la envoltura periespiritual. Resulta evidente que si estos actos son inspirados por pasiones materiales, su forma será material y grosera. El periespíritu, impregnado, saturado de esas formas, de esas imágenes, se

materializa a su contacto, y se espesa cada vez más. Al producirse las mismas causas, se acumulan los mismos efectos, la condensación se acelera, las percepciones se debilitan y las vibraciones disminuyen de potencia y extensión. Sólo el arrepentimiento y la voluntad de mejorarse le devuelven la libertad.

En un sentido opuesto, los pensamientos generosos, las nobles acciones afinan y dilatan los fluidos periespirituales. La sustancia periespiritual, que corresponde a un grado más rarificado de la materia, cuando aumenta su fluidez, gana en flexibilidad y en sensibilidad; su poder de radiación y su energía vibratoria aumentan, permitiéndole escapar de las atracciones terrestres. El espíritu entra entonces en posesión de sentidos nuevos que le permitirán entrar en ambientes más puros y comunicarse con seres más etéreos.

Nuestras vidas sucesivas, en las que ponemos de manifiesto nuestras tendencias y aptitudes logradas por las labores y esfuerzos, no tienen otro objeto que hacer brotar en nosotros esos nuevos sentidos espirituales.

Sólo el empleo que hagamos de nuestra voluntad regula nuestro adelanto, prepara nuestro porvenir, nos fortifica o nos debilita. No existen la casualidad ni la fatalidad. Lo que hay son leyes. Utilizar y gobernar a la voluntad y observar las leyes es el secreto de toda grandeza y de toda elevación.

Bibliografía : "El libro de los espíritus"- Allan Kardec
"El problema del ser y del destino" - León Denis
"Después de la muerte" - León Denis